

Versaciones de un chupaplumas

Rifirrafe

1



Que me puede preguntar usted, si quiere, que si es otro.

— ¿Otro “qué”?

— Puedo, pero ya le digo que sólo si usted quiere, contestarle yo.

— “Rifirrafe”

— me dirá usted, sí, como no voy a repetirle porque resultaría innecesariamente reiterativo, es que quiere — ¿Qué va a ser?

— Sí, otro — le diré yo. Y que si pasa algo por eso.

— No — usted, que lo noto por cierto

un poco distraídillo hoy —; si pasar no, pero que como ya llevamos dos, pues, que a lo mejor...

— ¿Le parecen muchos para una amistad tan larga como la de ustedes dos? — le preguntaré yo — No debe olvidar que se conocen desde niños.

— ¿Cómo voy a olvidarlo — usted — con la de patadas que nos habremos dado jugando al fútbol en los recreos?

— ¿Jugando al fútbol? — Y puedo, si a usted le parece bien, mirarlo con cara de extrañeza, el gesto algo despectivo (que no sé si me saldrá bien, pero si usted piensa que va a darle juego puedo intentarlo) como de “pero y éste qué dice”.

— Sí. El fútbol es un deporte — me explicará usted (y que convendría, por esta vez, que sí que quisiera, para que no se me descabale el resto del relato; pero allá usted con sus elecciones) practicado por adolescentes en el patio del colegio.

— Ya, pero a usted — yo, en el caso de que haya usted querido, y si no ya veré cómo lo arreglo — siempre le han gustado más los juegos de mesa.

— ¿De mesa? — usted — ¿De dónde saco entonces las patadas? ¿Quién me las daba?

— Y yo le puedo contestar, por ejemplo, que Teodorico; o que Teodorico por ejemplo...

— ¿Teodorico? — usted — ¿Seguro que he conocido yo a algún Teodorico?



Versaciones de un chupaplumas

Rifirrafe

2



– No es necesario — le explicaré, y perdone pero hoy está usted, que no sé que le pasa, un poquito espeso — que lo haya conocido; que es tan sólo un ejemplo para explicar las patadas, o un ejemplo de nombre si quiere usted elegir otro.

– Bueno — dirá usted. Y que como ejemplo puede valer, pero (y que me viene mal, la verdad, porque ahora tendré que inventarme algo para refrescarle la memoria, hoy precisamente que tengo que planchar siete camisas y mire usted la hora que es) que no conoce a ningún Teodorico.

– ¡No lo va a conocer! — haré aspavientos con los brazos y los ojos muy espantados (que lo tengo ya un poco ensayado —. Aquel chico bajito que tenía un antojo en forma de fresón, le parece estarlo viendo (concéntrese, por favor, que tengo prisa), en la mejilla izquierda.

Y usted se queda pensativo, y parece que se aviene, pero (hoy parece que tiene usted ganas de incordiar) que baloncesto.

– ¿Qué baloncesto? — Yo, que estoy empezando a ponerme nerviosa.

– Pues las patadas ¡Joder! — que no me gusta que diga usted tacos, pero no tengo tiempo de discutir — Jugaba muy bien al baloncesto.

– Ah — me esforzaré, aunque planche sólo dos camisas —, aquel chico alto que quería ser notario y tenía una hermana que tenía pelo largo, rubio...

– Teodorico era moreno — dirá usted —, y lo de la hermana no sabría asegurarle nada. Pero quería ser trapacista.

– Ya, pero digo la hermana. Trapecista, sí; pelo largo rubio, ondulado, muy bonito...

– Puede ser — admitirá usted, me parece que a regañadientes, no sin objetar, sin embargo —: aunque siempre estuve en la idea de que lo que a ella le gustaba era la natación sincronizada. Pero Teodorico era, insisto, bajito.

– ¿No me termina de decir que jugaba al baloncesto?

– Sí, pero era bajito. A veces pasa o mire usted si no a Muggsy Bogues.

– Vale — diré yo —. Nos olvidamos (y su amigo también, pero váyase haciendo a la idea de una sola camisa) de las oposiciones a notarías, pero ocurre que al baloncesto usted no ha jugado unca nunca. No sabe.

– Y qué más te dará, digo yo — dirá su amigo —, si nadie lo va a saber.

Versaciones de un chupaplumas

Rifirrafe

3



Y que poniendo inconvenientes a todo no hay quien avance ni saque nada en claro de manera que, dice “vamos a dejarnos de tonterías y a seguir con lo que estábamos que, por cierto, ¿qué era?”.

– El tercer rifirrafe — Usted.

– Exageras — Su amigo.

– ¿Exagero? — Usted.

– Sí. Sólo es el segundo — Él.

– Es el tercero — usted —, estoy totalmente seguro.

– Pues entonces — irritado casi, él — debo de estar yo tonto hoy, que sólo recuerdo el del puñetazo en la mesa...

– ¿Y el de nuestro encuentro aquella tarde, acuérdate, en que Manolita no encontraba un sacacorchos?

– ¿Me tengo que acordar de un detalle tan insignificante?

– No necesariamente — contesta — ya que en realidad quedó todo en un susto porque apareció enseguida; además creo que puedo mostrártelo yo mismo.

Y saca de su carpeta un fajo de folios, que le tiendeⁱ (ver abajo y en grande, para que se vea bien) y se queda mirándolo, orgulloso de poder presumir de una prueba tan evidente de que tiene razón; pero se los devuelve casi de inmediato diciendo “mira, en el segundo, debajo justo de las lamentaciones de Manolita. Y era, si no te importa, un abridor”.

Y, que sí; que un abridor y que de acuerdo; pero que ahí no se menciona, ni queda por lo tanto claro, que la camarera (que ha regresado con paso muy vivo lamentándose con ademanes impacientes y tono muy alterado de haberlo perdido) fuese manolita

Y que procure, en lo sucesivo, ser más cuidadoso porque errores tan tontos son, precisamente, lo que resta credibilidad al escritor.

Le dice.

Cola

Versaciones de un chupaplumas

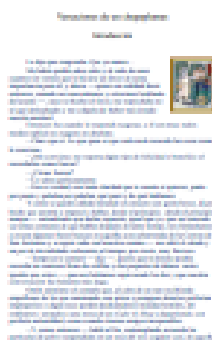
Rifirrafe

4



Versaciones de un chupaplumas

Rifirrafe



— ¿Otro rifirrafe? —
Pregunta, apartando los
ojos de la lectura para
mirarme.

— Bueno... Es una
posibilidad que puede
mantenerse ahí, como en
reserva, ¿no te parece?

— Si es eso lo que
quieres — hablaba en tono
triste, ahora —, sea. Pero...

— No te gusta.

No dice que sí ni que no sino, en tono

triste, "pensé que aspirarías a algo más".

— ¿Qué mosca te ha picado?

— ¡"Qué mosca me ha picado"!

Bebe del vaso de cerveza, regresa a la lectura, permanece en silencio un rato, vuelve a dejarla y permanece otro rato en silencio golpeando —acompañadamente, como llevando el ritmo de alguna melodía que esté teniendo en la cabeza, dando lugar a casi dos renglones que agradezco (aunque en silencio me acuso de "miserable" y me prodigo una larga serie de demuestras que, por no cargar las tintas, no transcribo; avergonzado e irritado conmigo mismo por estar aprovechando de un gesto tan espontáneo e inocente para ilustrar lo que empieza a anidar en mi ánimo como "mi obra") — con el mechero sobre el mármol antes de, cerrando los ojos y echando un poco la cabeza hacia atrás, declarar "pero por hoy vamos a dejarlo".

— ¿Tan pronto?

— No es tan pronto — responde, y noto que está de mal humor —; ya es más que anochece y el local está vacío.

— El local ha estado vacío toda la tarde y en invierno anochece temprano; pero de todos modos lo que quiero decir es que apenas hemos avanzado, poco más de medio folio en el que no ha ocurrido nada nuevo, nada que abra una posibilidad a que suceda algo con lo que no se contaba...

— ¿Y qué tenía que suceder — rezonga y, con desgana, alza la voz y una mano pidiendo a la camarera otro café por favor y, a mi, que yo qué; asiento sin hablar y corrige "que sean dos", a ella, y a mi otra vez que qué tenía que suceder —, o te piensas que la literatura tiene que ser forzosamente una sucesión de hechos fantásticos?

